

Homilía de El Bautismo del Señor

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy”

Pautas para la homilía

Los elementos originales de la escena

Lo que nos recuerda la fiesta de hoy no es una escena colorista o una anécdota ni una moda o un rito lejano y tradicional, sino que al comienzo de la vida pública de Jesús sucedió algo significativo en orden a la proclamación del evangelio. La escena del bautismo presenta a un Jesús adulto, que había crecido en edad, gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres. Había llegado el momento de tomar posiciones ante la vida. Con ello se quiere indicar que aquí Jesús pasa a ser un hecho clave en la historia de la salvación: en Oriente se convirtió en fecha bautismal, pues unen el bautismo a la epifanía.

La antigua representación de la escena es una composición sencilla en que sólo aparecen las dos figuras de Jesús y Juan. El bautismo de Juan era una inmersión en el Jordán, era un baño completo del cuerpo, no una aspersion. Es preciso recordar que palabra bautismo, en uso en las lenguas occidentales, deriva del vocablo griego baptizo, que significa sumergir, zambullir, bautizar. Además de describir el rito tal como se realizaba en la antigüedad, esta palabra indica la identidad propia del bautismo como inmersión o introducción en una nueva dimensión. Juan llamaba a su pueblo al Jordán (el río por el que el pueblo del Éxodo entró en la Tierra prometida) para comenzar, por una era nueva donde fuera posible volver a tener conciencia e identidad de pueblo de Dios. En el marco solemne de un bautismo colectivo Jesús es presentado ante los pueblos: Una voz vino del cielo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Lc 3, 22). Lucas lo presenta entronizado en el bautismo para establecer el reino de Dios en el mundo. Lo que cuenta es que es "el Hijo predilecto", que puede conectar con todos.

Para comprender el significado del bautismo será básico el elemento natural del agua.

En la inmersión en las aguas de la piscina bautismal se ha visto desde antiguo una participación en la muerte de Cristo y en la posterior emersión la participación en la resurrección del Señor. El simbolismo del acto central del bautismo hace referencia directa al misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo. La fe de la Iglesia ha creído, desde los orígenes, que en la celebración bautismal se actualiza el misterio pascual, de suerte que los bautizados unen su existencia con la de Cristo en una muerte como la suya y son resucitados juntamente con Él. El sacramento introduce al creyente en la dinámica redentora del acontecimiento pascual.

El bautismo, el acontecimiento más determinante de nuestra fe

En diversos pueblos y culturas se celebraba con ritos peculiares el acontecimiento del ingreso o pertenencia de nuevos miembros a los grupos sociales o religiosos. Era una forma de mostrar la satisfacción que produce todo nuevo nacimiento. Las abluciones y los baños eran en aquella mentalidad los medios más expresivos para obtener la purificación de todo mal ante Dios. Una práctica habitual eran los baños lustrales, que purificaban a las personas que los recibían. Estos ritos

incorporan el simbolismo común del agua en orden a significar la vida y la muerte, la purificación y la regeneración, el comienzo de una vida nueva. Los simbolismos del agua, por tanto, estaban muy arraigados y eran muy conocidos en las antiguas religiones.

Por otra parte, la Iglesia primitiva practicó, describió e interpretó teológicamente el bautismo con tanta naturalidad, que en ningún lugar hay indicios de la más mínima prueba de que este sacramento fuera discutido. En los mismos evangelios aparecen los discípulos bautizando en seguida después de pascua, porque éste era el encargo que les había dado el mismo Resucitado (Mt. 28, 19 y de Mc. 16, 16). Estos dos pasajes reflejan que las más antiguas comunidades cristianas conocían la práctica de bautizar. Por eso, el bautismo se convierte en el momento fundamental y normativo de la existencia cristiana. El bautismo del Señor siempre ha sido reconocido como el fundamento y el mejor elogio de la importancia de nuestro bautismo, porque es el que da valor a nuestros bautismos.

En la Navidad y Epifanía celebramos un acontecimiento determinante de la historia del mundo religioso: Dios ha hecho una opción por nuestra humanidad, por cada uno de nosotros, y se ha revelado como Aquél que nunca nos abandonará a un destino ciego y a la impiedad del mundo. Esa es la fuerza del misterio de la encarnación: la humanidad de nuestro Dios que nos quiere comunicar su divinidad a todos por su Hijo Jesucristo. Los Padres hablaban del misterio de la Encarnación como de un encuentro maravilloso y un admirable intercambio salvífico entre dos seres que se buscan y que se enriquecen con la colaboración mutua. Es lo que los griegos llamaban la sinergia, es decir, que dos fuerzas que colaboran entre sí, como la gracia y la libertad, aumentan más su poder que aisladamente.

Juan anuncia "al que está en medio de vosotros"

En la agitada atmósfera de aquel momento de la historia el pueblo judío estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías (Lc. 3, 15). Sus tiempos estaban cargados de presagios y mensajes de que algo grande iba a ocurrir, tal como lo habían anunciado los profetas. El Bautista no se identificaba ni con los custodios de la ley ni con los responsables del templo. No vale el privilegio de pertenecer a un pueblo, pues Dios puede hacer hijos de Abrahán de las piedras. La salvación de Juan no dependía de títulos, sino de una vida real. Tampoco forma parte de esos grupos selectos, que esperaban un Mesías que se impusiera con la fuerza terrible del juicio de Dios, salvando a un reducto privilegiado. Juan rechaza la expectación política nacional, por eso pone su esperanza en un juicio escatológico de Dios, antes que en cualquier otro grupo, que devolverá a todos a la situación original de la creación. Con la imagen del juicio pide el retorno al principio de la historia bíblica. Volver a la situación original de la creación. El mensaje de Juan evoca la certeza de que este mundo (esta economía, esta política) no salvarán a los hombres. Por eso es necesario someterlo todo al juicio de Dios para que los grandes poderes reinantes de este mundo (dinero, violencia imperial) no terminen destruyendo todo. Su misión y su mejor condición es ser signo de la presencia del Mesías.

Juan pertenece todavía a la ley, en cambio Jesús es el evangelio. El evangelio tiene interés en dejar bien clara la superioridad de Jesús: sólo Cristo es imprescindible. El Bautista no era la luz, como algunos discípulos suyos pretendían, sino que venía como "precursor", como amigo del esposo. Juan, como profeta, no se anuncia a sí mismo, sino al que viene que "ya está en medio de vosotros". En la tradición cristiana va desdibujándose cada vez más el carácter penitencial del bautismo de Juan y se va haciendo más fuerte la referencia al hecho salvador de Dios por Jesús y en Jesús. Por eso el evangelio es explícito en declarar que su bautismo no era más que un rito penitencial de agua, que señalaba más allá: será el bautismo de Jesús en el Espíritu. En estos relatos evangélicos el bautismo pasa a segundo término y todo tiene el sentido de la "unción profética por medio del Espíritu". La tradición siempre ha subrayado que no son los ritos bautismales los que salvan por sí mismos, sino el agua purifica porque Cristo entró en ella. Jesús acepta este rito, pero lo complementa porque el Espíritu que le garantiza su misión profética más personal.



Fray Gregorio Celada Luengo
Convento de San Esteban (Salamanca)